



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

CAPÍTULO 5

FRANCIA Y LA EUROPA NAPOLEÓNICA

por AGUSTÍN RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Profesor de Historia Contemporánea,
Universidad San Pablo-CEU

1. Introducción

La figura de Napoleón Bonaparte protagoniza, tanto en Francia como en Europa entera, el período que va desde su golpe de estado en Brumario de 1799 hasta que abdica definitivamente como Emperador en 1815. Aquellos convulsos y sangrientos años cambiaron la faz de Francia y de Europa, y pese a su fracaso final, muchas de las consecuencias de sus decisiones y bastantes de sus reformas y logros han pervivido hasta nuestros días.

Encumbrado a la fama desde sus campañas italianas, donde con un ejército muy inferior al enemigo y carente hasta de zapatos para sus soldados, logró asombrosas victorias y un copioso botín que subsanó en buena parte la angustiosa situación económica de la Francia revolucionaria, y llevado a la cima de la gloria con la campaña de Egipto, que cautivó la imaginación de los franceses, Napoleón se convirtió en el general más joven y admirado, siempre victorioso y poco comprometido, al menos en apariencia; con las sórdidas disputas internas de la Revolución Francesa.

Parecía por tanto el hombre adecuado para reconducir la situación, ahora que amplias capas sociales reclamaban paz, orden y seguridad en el interior, desechando nuevas intentonas y utopías revolucionarias, y mantener las nuevas fronteras francesas y el creciente predominio en el exterior.

No era la primera vez que una revolución liberal terminaba en una dictadura militar de hecho, y se era entonces muy consciente del precedente de Cromwell en la Inglaterra del siglo XVII, modelo al que superó ampliamente Napoleón, sin mencionar el caso notoriamente diferente, pero que muestra también el protagonismo militar en coyunturas análogas del general Washington en los Estados Unidos.

Pero el propio genio de Napoleón y su ambición personal le llevaron mucho más lejos de estos objetivos, en origen limitados, alimentando los sucesivos éxitos las expectativas hasta que la tarea rebasó las fuerzas de Francia y lo que podía soportar Europa.

La labor de reconstrucción interior y de consolidación de las conquistas revolucionarias en Francia le ocupó preferentemente en la primera etapa, primero como Primer Cónsul y luego ya como Cónsul Vitalicio. Esta etapa fue la más fecunda y la que más raíces ha dejado. En la segunda, a partir de 1804 y ya como Emperador, Bo-

naparte se dedicó a remodelar el mapa de Europa, en beneficio preferente de un creciente Imperio Francés que dominó o satelizó la mayor parte del continente.

En muchos pueblos sometidos, las revolucionarias medidas de los ocupantes fueron bien recibidas en un principio, como cambios buenos y necesarios, en otros lugares fueron rechazadas desde el principio. En algunos casos propició el nacimiento de las nacionalidades, como en Italia, Alemania o Polonia, en otros lo hizo por el rechazo que causó su injerencia como en España y Rusia. Muchos europeos odiaron las ideas y reformas de Napoleón, pero muchos otros, y esto fue lo nuevo y sorprendente y lo que traería serias consecuencias para el futuro, sólo odiaron la forma en que les fueron impuestas.

Los europeos podían ser liberales o absolutistas, pero en lo que al final estaban todos de acuerdo es que no iban a dejarse dominar e imponer nada por la fuerza de la que tanto abusó Napoleón, y buen ejemplo fue de aquello la postura de los españoles de entonces. Y aquel consenso fue lo que decidió la suerte de su Imperio.

No parece que Bonaparte siguiera un plan claramente preconcebido, pues desde 1805 a 1815 estuvo casi continuamente en campaña, atendiendo una crisis tras de otra y resolviéndolas según se presentaban y aconsejaba la coyuntura del momento. Sin embargo, resulta evidente una manera de actuar: exportar los logros revolucionarios en una versión moderada y autoritaria a otros países, colocando en ellos como monarcas a miembros de su entorno familiar «los Napoleónidas», seguido en muchos casos de la simple anexión y asimilación a Francia, bien de todo el reino, bien de alguna de sus regiones más cercanas al país galó.

Con todo, su figura y su política no carecen de contradicciones: el revolucionario que se corona emperador y crea una nueva aristocracia; el verdugo del Sacro Imperio Romano Germánico que se casa con María Luisa, una princesa austriaca; el incrédulo que busca un entendimiento y hasta el apoyo de la Iglesia; el libertador de los pueblos que degenera en su opresor, y así continuamente.

Por todo ello no es raro que su figura se haya convertido en un mito, no exento de polémica, según se analice o se valore más uno u otro aspecto de su proteica personalidad y obra.

Siguiendo la línea esquemática que hemos apuntado, estudiaremos primero las reformas internas en Francia, acometidas en su mayor parte durante el Consulado, y luego su política y campañas europeas, realizadas también preferentemente durante el Imperio. Esta división es un tanto rígida y esquemática, pero creemos que responde básicamente a la realidad de los hechos y nos permitirá una exposición más ordenada y racional. Por la misma razón, hemos decidido no hacer diferencia entre la etapa del Consulado (1799-1802) y la del Consulado Vitalicio (1802-1804), por considerarla una división poco efectiva y tratarse de períodos demasiado cortos como para ser verdaderamente relevantes por sí mismos. De todas maneras, recomendamos al lector que no pierda de vista los hechos que se salen de este esquema, por fuerza convencional.

2. La Francia napoleónica

El régimen del Directorio se vió sustituido tras Brumario por el Consulado, siendo nombrado Napoleón primer cónsul y refrendado por un plebiscito con muy escasa oposición, por el largo período de diez años, siendo asesorado por otros dos cón-

sules, de poderes e influencia real mucho más limitados: Emmanuel Joseph Sieyes y Roger Ducos. Dos años después, y de nuevo refrendado por un plebiscito, Napoleón será nombrado Cónsul único y vitalicio; por último, será elevado a Emperador en 1804, cargo que sólo perderá definitivamente en 1815.

2.1. REFORMAS CONSTITUCIONALES Y LEGALES

El nuevo sistema político hizo necesaria una nueva Constitución, llamada del año VIII (1800), redactada por Sieyes y retocada por el propio Napoleón en sus aspectos esenciales, sancionada por el pueblo con más de tres millones de votos (de unos 27 millones de franceses en total, de toda edad, sexo y condición, lo que muestra lo restringido del pretendido sufragio universal) y promulgada el 20 de Frimario (15 de diciembre) de aquel mismo año.

Aparte de los tres cónsules, se instituían varios cuerpos legislativos: en primer lugar el Senado, de sólo 80 miembros, y al que correspondía teóricamente la elección de los tres cónsules por tres años prorrogables, y la de los miembros de las otras dos cámaras: el Tribunado, que discutía las leyes, y el Cuerpo Legislativo, que debía aprobarlas. De hecho, las elecciones por sufragio general sólo servían para designar unos candidatos entre los que elegía el Senado. También existía un Consejo de Estado, que asesoraba al Primer Cónsul y ejercía labores legislativas.

Tal profusión de instituciones, con nombres extraídos de la antigua constitución romana según la moda neoclásica imperante por entonces tanto en política como en arte, no puede dejarnos hacer olvidar que la primacía residía en el Ejecutivo, y dentro de éste en el Primer Cónsul, quien a pesar de la formulada división de poderes, más funcional que por su origen, de hecho ejercía los tres. El Consulado, pese a su apariencia republicana, ya no era democrático casi en ningún sentido, y el sufragio se hallaba totalmente condicionado. Resulta relevante recordar que la nueva Constitución no creyó necesario incluir como hasta entonces una Declaración de Derechos.

La paz en el exterior (en ese mismo año se firmó la de Amiens, que pareció cerrar el ciclo de guerras revolucionarias) y los éxitos en la estabilización y reorganización en el interior, crearon tal oleada de popularidad de Napoleón, que en 1802 el Tribunado propuso al Senado convertirle en cónsul vitalicio, acuerdo de nuevo aprobado por más de tres millones de votos.

La nueva constitución, la del año X (1802), reforzó aún más la centralización, redujo los poderes e influencia del Tribunado y Cuerpo Legislativo y reforzó los del Cónsul, quien ahora pudo redactar tratados con otras potencias, nombrar a su sucesor y disponer de un presupuesto para su cargo de seis millones de francos en vez del medio millón anterior. De hecho, se creó una dictadura militar con visos institucionales de democracia y con el apoyo ferviente del ejército y de buena parte de la población.

Todos los éxitos de Napoleón, su inmenso prestigio y su eficaz aparato policíaco no pudieron evitar la pervivencia de una oposición más o menos fuerte, que iba desde los nostálgicos de la monarquía borbónica o alguna otra versión parlamentaria a los republicanos más estrictos. De hecho sufrió una serie de atentados, ninguno de los cuales tuvo éxito, pero que le llevaron a la idea, primero de hacer su Consulado hereditario, y por último, a coronarse Emperador.

Resulta difícil exagerar los miedos de alguien que se sentía en el fondo como un advenedizo, sólo así se explica el secuestro y ejecución sumaria del duque de Enghien en aquel mismo 1804, ajeno a la conjura monárquica, pero uno de los más claros candidatos a la corona.

De nuevo se recurrió al plebiscito para refrendar el nuevo papel de Bonaparte, y así 3.572.000 electores dieron su aprobación y sólo 2.579 votaron en contra, con resultados muy parecidos a los anteriores. Aunque se pueda discutir la libertad de la votación, lo cierto es que la figura de Napoleón suscitó un claro consenso social en Francia.

Los cambios constitucionales fueron mínimos en el nuevo texto del año XII (1804), salvo por instituir la transmisión hereditaria de la corona a los descendientes directos o adoptivos de Napoleón (entonces sin hijos propios pero con los de Josefina) y la inclusión en la línea sucesoria de sus hermanos Luis o José, quedando descartado Luciano por sus ideales republicanos.

De hecho, todo el poder pasó a manos del Emperador, con unos ministros que eran poco más que secretarios particulares suyos y unas cámaras legislativas que eran poco más que pura apariencia. Significativamente en 1807 se prescindió del Tribunal, y el Cuerpo Legislativo acabó por ser una cámara de registro, con sesiones cada vez más cortas. Sólo el más restringido Senado, solar de la nueva aristocracia, retuvo algunos de sus poderes legislativos y cierta independencia.

Sin embargo, fueron estas dos cámaras legislativas restantes las que destituyeron a Napoleón en 1814, cuando los ejércitos aliados invadían Francia por todas sus fronteras y parecía que sólo el sacrificio del emperador podía salvar al país.

La extensa obra legislativa de Bonaparte, ayudado por el Consejo de Estado, tuvo una mucho mayor trascendencia posterior. Con el fin de establecer los principios de la nueva sociedad y eliminar la anarquía anterior y la profusión de disposiciones legales preexistentes, se empezó a redactar en 1800 un Código Civil, completado en 1804 y rebautizado tres años después con el nombre por el que hoy es más conocido, el «Código Napoleón». Recogía la tradición jurídica de la antigua Roma e incorporaba las innovaciones revolucionarias como la libertad personal, de conciencia y profesional, igualdad ante la ley, laicismo del Estado, secularización de la vida pública, derecho de propiedad, abolición del feudalismo y de los privilegios señoriales, etc., regulándose cuestiones como el matrimonio civil y el divorcio.

A este código se añadieron en los años siguientes el de Comercio (1806), el Derecho Procesal (1807) la Instrucción criminal (1808) y el Código Penal (1810). Buena parte de esta legislación fue aplicada en los países aliados o satélites del Imperio Francés, y aún hoy está en la base de mucha de la legislación europea continental, marcando un agudo contraste con las fórmulas y procedimientos anglosajones.

Aunque se permitió el libre ejercicio de la abogacía, los jueces que debían aplicar estas leyes fueron en lo sucesivo funcionarios del estado francés, con una rígida jerarquía y disciplina.

Para hacer cumplir las leyes se creó la Gendarmería, primer cuerpo de policía estatal, compuesto de soldados y oficiales veteranos que hubieran tenido un buen comportamiento en filas, y encargados ahora de mantener el orden en todo el territorio. El éxito del nuevo cuerpo fue tal que inspiró la creación de otros posteriormente en diversos países, entre los que destacan la Guardia Civil española o los *Carabinieri* italianos.

De los delitos políticos se ocupó la policía secreta, con facultad incluso para arrestos discrecionales, y la censura, «Le cabinet noir», dirigida por Fouché.

En suma, se trataba de un estado rígidamente centralizado y organizado, basado en una red de funcionarios abierta a todos los ciudadanos, bien reglamentada y jerarquizada. Se mantuvo la organización territorial en departamentos, al frente de los cuales había un prefecto y varios subprefectos (a nivel más local) con amplias competencias sobre el reclutamiento, impuestos, economía, etc., que debían garantizar la rápida y exacta aplicación de las leyes y disposiciones del gobierno central, y sólo rendían cuentas ante éste.

En cuanto a los ayuntamientos, los alcaldes de la comunas de más de 5.000 habitantes eran elegidos directamente por el gobierno, es decir, el Cónsul y luego el Emperador, en las localidades más pequeñas lo era por el prefecto. Tanto a nivel departamental como local se creaban consejos asesores y consultivos de la autoridad así designada, formados por los mayores contribuyentes elegidos por nada menos que quince y veinte años respectivamente, lo cual aseguraba su espíritu conservador en lo social y en lo político. En cuanto al sufragio, canalizado a través de Colegios Electorales locales, de distrito y de departamento, configuraba un proceso de elección también controlado desde el poder.

Como medio de premiar los servicios al Estado (no sólo los militares) se creó en 1802 la Legión de Honor, con diversas categorías.

En cuanto a la Hacienda, en 1800 se fundó el Banco de Francia, y se regularizó e impulsó el sistema fiscal. Una moneda fuerte y la reforma fiscal hicieron que la situación de la Hacienda mejorara sensiblemente, aunque hubo que seguir con el saqueo de los países ocupados para redondear los enormes gastos militares. Pero se introdujo, racionalizó y unificó la elaboración de presupuestos y se adoptaron sistemas perfeccionados y más simples de ingresos, gastos y deuda pública. El Estado quedó como la gran instancia recaudadora y redistribuidora de la carga fiscal. Por primera vez se suprimieron las exenciones fiscales por razón de cualquier tipo, fuera ésta de nacimiento, posición social o por acuerdos especiales con el Estado. La carga tributaria se hizo por lo general menos onerosa para los contribuyentes y, al mismo tiempo, se recaudó mucho más que anteriormente. La mejora en la contabilidad y gestión hizo el resto.

Por último, las Fuerzas Armadas, Ejército y Marina, serán objeto de análisis dentro del apartado dedicado a la acción exterior de Napoleón.

2.2. LA ECONOMÍA

Uno de los propósitos declarados de Napoleón al tomar el poder fue el de relanzar la economía, en grave crisis desde antes de la Revolución, tanto por la enorme deuda pública acumulada por el Estado, la inflación, las crisis de subsistencias en la agricultura y la de sobreproducción en la incipiente industria y manufacturas. Y la anarquía subsiguiente durante la Convención o el Directorio no habían hecho sino empeorar las cosas. Era además, y obviamente, un anhelo de la sociedad francesa, y muy especialmente de las capas sociales que más sostuvieron a Napoleón: la burguesía y el campesinado.

Como en tantas otras cosas, Bonaparte actuó en economía siguiendo tanto los principios del liberalismo como los derivados de un despotismo ilustrado inteligente.

En general fue proteccionista de la producción francesa y se preocupó porque el Estado mejorara las infraestructuras, como caminos, canales, puentes y puertos fomentando el comercio interior con ello, y de forma también dirigista la industria y la

producción agrícola. Sólo con la enorme demanda creada por las Fuerzas Armadas en uniformes, armas y buques, ya contribuyó decisivamente a ese desarrollo industrial, especialmente por su énfasis en el terreno textil y en los sectores de alta tecnología. Para algunos autores como Soboul, aquello fue «la primera fase de la revolución industrial» francesa.

Sin embargo, parece que mucho del esfuerzo se dirigió más a aumentar la producción que a innovación técnica, salvo en algunos sectores de interés estratégico, y aun en éstos el conservadurismo bonapartista fue evidente.

El algodón fue uno de los sectores predominantes en la industria, más por el número de obreros y establecimientos que por su progreso. En general, y aunque había una cierta tendencia a la concentración industrial, las empresas eran aún pequeñas, carecían de apoyo financiero y seguía siendo importante la artesanía rural doméstica.

En cuanto a la metalurgia, sólo Le Creusot tenía altos hornos de coque, los únicos cuatro en Francia, básicamente orientados hacia la producción militar. Además estaba Alsacia, especializada en la maquinaria textil y el grupo Montbellard-Bleford en la pequeña maquinaria y relojería. La industria química, básicamente unida a la textil, se especializaba en la producción de ácidos como base para colorantes y decolorantes.

Recordemos que en 1806 había nacido el Código de Comercio y cuatro años antes las Cámaras de Comercio, estableciendo un marco legal adecuado para el desarrollo de la actividad económica.

En la agricultura la abolición del feudalismo, la redistribución de la propiedad creando una amplia capa de medianos agricultores, la desaparición de las fronteras interiores y otros factores contribuyeron positivamente al paso de una economía de subsistencia a una de mercado, facilitada además, como ya hemos dicho, por la mejora en las comunicaciones. Pero el tamaño limitado de las fincas y la falta de una concentración parcelaria, la escasa difusión del cercado, la dificultad para el crédito que financiase las innovaciones y la continua sustracción de hombres y animales para el ejército, impidieron que su producción creciese significativamente. Y, por otro lado, siguieron existiendo campesinos sin tierras y arrendatarios, ahora mucho más expuestos por la falta de asistencia social de la Iglesia, el retroceso de las tradiciones comunitarias y la pérdida de derechos colectivos.

Llegados a este punto, cabe señalar que Napoleón mostró siempre un cierto desprecio por las masas trabajadoras, prohibiendo como buen liberal de primera hora los sindicatos, exigiendo a los trabajadores salvoconductos firmados por sus patronos y aceptando sólo las declaraciones de éstos en caso de conflicto.

Sin embargo, esta política se combinó con un cierto paternalismo de raíz ilustrada, llegando a prohibir las exportaciones de grano en épocas de carestía y a fijar precios máximos para el pan y la harina, que seguían siendo el alimento básico de la población más humilde.

En general, y aunque la situación económica mejoró durante la época napoleónica, el crecimiento fue desigual según los sectores, y en algunos casos se retrocedió. Por otro lado, se estaba en una onda depresiva general, y la continuas guerras no hicieron nada por mejorar la situación.

Para Francia estas guerras significaron la pérdida de sus posesiones ultramarinas y la extrema dificultad de mantener un comercio transcontinental por el férreo bloqueo marítimo impuesto por Gran Bretaña, aunque mejoró el comercio interior y se abrieron nuevos mercados en el continente, siempre en precario por la situación bélica.

De hecho se produjeron varias crisis, incluso bajo el Imperio, cuando la situación era más estable que en los Consulados: una crisis agrícola de subsistencias entre 1811 y 1812, común a todo el continente y por las mismas causas climáticas, una crisis de sobreproducción industrial en el bienio anterior, agravada por fenómenos especulativos y la restricción del crédito, y dos crisis entre 1805-1807 y 1812-1814, caracterizadas por la deflación y los trastornos monetarios.

Por último, la demografía tampoco ayudó, a pesar de ser Francia el país más poblado por entonces del continente, con 29 millones de habitantes, el crecimiento de la población fue débil, tanto por el control de nacimientos como por las pérdidas directas de las guerras, hambres y epidemias, o indirectas de la movilización. La fase de «boom demográfico» en Francia se retrasaría hasta 1850 con las inevitables consecuencias en el despegue económico.

2.3. LA EDUCACIÓN

Ya hemos visto cómo el ideal social de Napoleón distaba mucho del igualitarismo, e inevitablemente, esta diferenciación social llegó también a la enseñanza, que fue totalmente reorganizada por Napoleón en tres etapas o niveles: la primaria, abierta a todos los franceses, fue dejada a las autoridades locales o incluso a la Iglesia, siendo la más descuidada de todas.

Cosa muy diferente sucedió con la secundaria y la universitaria, completamente reestructuradas desde el gobierno en cuanto a organización, métodos de enseñanza y planes de estudio, que concedían los únicos títulos oficiales válidos y atendidas por cuerpos de profesores-funcionarios. Esto marcó una gran diferencia con la etapa anterior a la Revolución, mucho más laxa, y en la que la enseñanza estaba confiada a la Iglesia y como mucho, en ciertas ocasiones, al patrocinio real. Ahora se trataba de formar a las élites que iban a gobernar Francia, y la enseñanza se convirtió en una función preferente del Estado, tanto para educar a los ciudadanos como fieles patriotas cumplidores de las leyes y que aceptaban el orden social y político establecido, como para prepararlos para afrontar las nuevas exigencias, y de ahí el nuevo énfasis puesto en la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias naturales y experimentales, aunque no se descuidaron las humanidades y el Derecho obtuvo un cambio espectacular con los profundos cambios legales a que hemos hecho ya referencia.

La secundaria, de hecho, tomó vida propia que antes no tenía, siendo el bachiller previamente un título elemental universitario. Basada en un fuerte criterio selectivo, tuvo sus sedes en los recién creados «liceos», luego imitados en otros países.

En cuanto a la universitaria, la reorganización fue total, despojando a la Iglesia de su papel anterior y creando la Universidad Imperial en 1806. Especial relieve tuvo el desarrollo de la Escuela Politécnica, en principio de ingenieros militares, pero con una clara función civil en la política de obras públicas dirigida por el gobierno.

2.4. LAS RELACIONES CON LA IGLESIA

Se atribuye a Napoleón la cínica frase de que «un cura me ahorra cien gendarmes», y fuera o no pronunciada efectivamente, muestra claramente sus intenciones al

desear un entendimiento con la Iglesia católica, tan postergada anteriormente en Francia a consecuencia de la Revolución.

Realmente Francia seguía siendo mayoritariamente católica, y no sólo para la paz social, sino el obtener el reconocimiento de un gran poder espiritual y el prestigio que ello confería, fueron los móviles que aconsejaron a Napoleón dar un giro total a la política religiosa.

Los primeros pasos fueron detener la persecución religiosa y decretar la libertad de los sacerdotes detenidos, no exigiendo ya el anterior juramento sino una simple promesa de «fidelidad a la Constitución», reabrir los templos al culto y devolver al Papa, ahora Pío VII elegido en 1800, sus estados, antes ocupados por las tropas francesas y convertidos en «República Romana».

El nuevo clima de entendimiento fraguó en el Concordato de 1801, que sustituyó al de 1516 y estuvo vigente hasta la Ley de Separación de 1905. El estado francés se declaraba laico, pero reconocía que la religión mayoritaria de la nación era la católica y se obligaba a mantenerla económicamente y a concederla plena libertad y publicidad de sus actos litúrgicos y celebraciones de todo tipo. Considerando su gran influencia moral y espiritual, se reservaba la elección de obispos, que sería sancionada por el Papa. Las diócesis se adaptarían a la división territorial del estado.

A cambio, la Iglesia debía jurar lealtad y fidelidad al gobierno, aunque no a la Constitución, aceptar la enajenación anterior de sus bienes y permitir su libre disfrute a los nuevos propietarios, y desentenderse de los nostálgicos de la monarquía.

Aquel acuerdo pareció demasiado restrictivo a algunos, como por ejemplo los obispos que se negaron a dimitir y aceptar el nuevo sistema de elección, pero demasiado indulgente a los radicales, entre ellos Fouché y Talleyrand. Queriendo cerrar la cuestión, Napoleón publicó de manera unilateral el 8 de abril de 1802 la «Convención de 26 de Mesidor del año IX» a la que se añadieron los «77 artículos orgánicos», que establecían el control del estado francés en todos los actos y documentos pontificios, en las fiestas religiosas, en la creación de nuevas parroquias y cabildos y en el número de diócesis y parroquias, imponían permisos gubernativos para las reuniones de los obispos, sus desplazamientos, imponían un catecismo y una liturgia oficial, que los seminaristas fueran ordenados sólo a partir de los 25 años y la primacía del matrimonio civil sobre el eclesiástico entre otras cuestiones.

Aquello fue demasiado para Roma, que arguyó que rebasaba lo acordado por el Concordato y pidió expresa y reiteradamente su derogación. Sin embargo, el estado francés, como poder *de facto*, aplicó con toda tranquilidad las nuevas normas.

Parecía, pese a estas dificultades, que la situación se había normalizado: Napoleón estaba satisfecho porque, además de lo ya expuesto, había conseguido el reconocimiento internacional para su régimen de la Iglesia católica, y en cuanto a ésta, no pudo sino celebrar el nuevo clima de libertad, que posibilitó incluso la aparición de una generación de intelectuales cristianos como Chateaubriand, Maistre y Bonald.

La cima de aquel entendimiento tuvo lugar con la invitación al Papa a la coronación de Napoleón como emperador, que tuvo lugar en Notre Dame de París el 2 de diciembre de 1804, aunque, como es sabido, Bonaparte no dejó que Pío VII le coronara, y tomando la corona con sus manos lo hizo él mismo, tras de lo cual coronó a la emperatriz Josefina.

La indudable mejoría en las relaciones entre el estado francés y la Iglesia cristalizó en la elevación de la Dirección de Cultos a Ministerio, en la creación de diez nuevos seminarios metropolitanos sostenidos por el estado, la inclusión de los cardenales en el protocolo imperial y el permiso a numerosas congregaciones masculinas y femeninas para reanudar sus labores asistenciales y de enseñanza e incluso misioneras, pensando en un futuro gran imperio ultramarino.

Pero, como en tantos otros aspectos de su carrera, parecía que Napoleón nunca tenía bastante. En 1806 impuso el Catecismo imperial, obligatorio en toda Francia que imponía el «amor, respeto, obediencia, y fidelidad» debidos a la persona del emperador por todo creyente, su obligación moral de pagar impuestos «para la conservación y defensa del Imperio y de su trono», la de aceptar el reclutamiento (aunque se eximió de él a los sacerdotes) y la de rezar «por su salud y por la prosperidad espiritual y temporal del estado». Incluso se bordeó el ridículo, estableciendo la fiesta de San Napoleón, santo inventado, el día 15 de agosto, desplazando así la festividad de la Virgen. También la creación de la Universidad Imperial añadió nuevas tensiones.

Sin embargo, lo decisivo fue que Bonaparte quiso imponer a Pío VII su política hasta las últimas consecuencias, ordenando se sumara al bloqueo continental contra Gran Bretaña, expulsara de sus estados a todos los ciudadanos de potencias en guerra con Francia y aceptara la ocupación de Ancona por las tropas francesas. El Papa, un humilde benedictino, más místico que político, se negó a ello, lo que le valió la ocupación de los Estados Pontificios por las tropas imperiales, a lo que respondió con la bula *Quum memoranda illa die* por la que excomulgaba a Napoleón y a todos los invasores. El iracundo emperador ordenó la detención del Sumo Pontífice y su destierro, primero a Savona y más tarde a Fontainebleau.

Incluso se llegó a planear trasladar la capital de la cristiandad católica a París, mientras Pío VII se encerraba en una resistencia pasiva y se negaba a confirmar los nombramientos de obispos, única arma a su alcance. Otro motivo de desacuerdo fue el divorcio del emperador de Josefina, que quiso sancionara la Iglesia declarando nulo ese matrimonio.

El 17 de junio de 1811, el emperador convocó en París un Concilio Nacional con el propósito de crear una iglesia francesa que incluso se desvinculara de la autoridad Papal. El intento resultó fallido, pues los obispos se negaron a semejante pretensión y recomendaron nuevas negociaciones, aparte de liberar a Pío VII.

La situación llevó al llamado Concordato de Fontainebleau de 25 de enero de 1813, que aunque reconocía la supremacía papal, recortaba sus atribuciones y confirmaba la ocupación de los Estados Pontificios a cambio de una renta de dos millones de francos. Aunque Pío VII firmó en un primer momento, obligado por las circunstancias, se retractó después en escrito dirigido al emperador, pero éste hizo caso omiso y publicó el documento como si hubiera sido aceptado por ambas partes.

Realmente parece sorprendente la habilidad de Napoleón para crearse enemigos innecesarios por no poner límite a sus aspiraciones. Tal política, unida a los desastres militares de la última fase de su reinado y al cansancio general por las continuas guerras, sólo consiguió deteriorar su imagen entre los muchos católicos de dentro y fuera de Francia en un momento en que precisaba de todos los apoyos posibles.

En cuanto a otras confesiones, en 1802 se dio un Estatuto del clero calvinista y luterano, por el que los pastores protestantes recibirían del estado un salario para

mantenerse, pero se limitaba las iglesias a una por cada seis mil fieles, formando una iglesia consistorial con un pastor al frente. En 1808 se organizó el culto judío, permitiéndolo con restricciones e imponiendo una dura legislación para eliminar sus actividades como prestamistas.

3. Europa bajo Napoleón

Los clamorosos éxitos militares de Napoleón le permitieron por un lado realizar grandes anexiones al Imperio francés y de otro satelizar al resto de los países europeos, introduciendo en ellos análogas reformas políticas y sociales a las impuestas en Francia. Durante unos años el Imperio francés, remedo del romano o mejor aún, del de Carlomagno, consiguió un éxito tras otro hasta que la resistencia española, la supremacía naval británica, el desastre de Rusia y el alzamiento de Alemania, unidos al cansancio y descontento de la propia sociedad francesa, llevaron al otrora flamante Imperio a la ruina y a Napoleón a la abdicación.

3.1. EL EJÉRCITO Y LA MARINA NAPOLEÓNICOS

El principal instrumento de política exterior de Napoleón fueron sus fuerzas armadas, principalmente el Ejército de Tierra y mucho más secundariamente la Marina.

Formado durante las guerras revolucionarias y mejorado por Napoleón, el ejército francés fue con mucho el mejor de Europa y no tuvo rival durante años. Sólo su propio desgaste en incesantes campañas y la coalición de todos sus enemigos, que no dudaron en imitar tácticas y organización, permitieron su derrota.

Es cierto que la recluta en masa de los ciudadanos en edad militar le dio una gran superioridad numérica sobre sus enemigos, basados en relativamente menos numerosos ejércitos profesionales, pero además, y hasta al menos las campañas española y rusa, el soldado francés del Imperio era ya un probado veterano de campañas anteriores, motivado por las ideas de que llevaba las ventajas de la revolución a los pueblos europeos en detrimento de la aristocracia y los reyes y de las supersticiones religiosas. Otra cosa fue cuando a partir de 1808, y sobre todo, de 1812, su desaparición en tanta lucha les llevó a ser sustituidos por inexpertos reclutas que no ansiaban más que la paz y que veían que los pueblos europeos estaban muy lejos de sentirse felices con la liberación impuesta por los franceses. Y no digamos nada de los soldados de los países satélites, siempre de calidad mediocre salvo excepciones como la de los polacos.

Además, y desde la Revolución, el Ejército había sido una institución abierta al talento, por encima del origen social que primaba en el Antiguo Régimen. Napoleón se preocupó especialmente de que todo buen servicio o hazaña militar fuera recompensada y en la mente de todos los soldados estaban ejemplos como los de Murat o Ney, de orígenes muy humildes y que habían llegado a mariscales.

A esta motivación y veteranía se añadía la nueva táctica militar francesa, desarrollada previamente, y que combinaba de forma tan novedosa como eficaz la acción conjunta de Infantería, Caballería, Artillería, Zapadores y otras armas y servicios. El énfasis estaba en la rapidez de movimientos, en que se aventajaba al enemigo decisi-

vamente, y en las nuevas tácticas, diseñadas para explotar al máximo el entusiasmo y motivación de los soldados, como el ataque en columna con la bayoneta calada o el fuego de tiradores seleccionados contra las inmóviles formaciones enemigas.

La unidad básica en la Infantería era el batallón, de unos quinientos a mil hombres, tres o más de ellos formaban un regimiento, dos de ellos estaban en el frente mientras que el tercero quedaba en Francia para sustituir sus bajas. Dos regimientos formaban una brigada, dos o tres de éstas una división, y dos o más de éstas un Cuerpo de Ejército, unidad fundamental a la que se añadían tropas de Caballería, Artillería y otras. Esta organización fue copiada por el resto de los ejércitos europeos y estuvo en vigor en ellos al menos hasta la Primera Guerra Mundial.

Los distintos cuerpos de ejército eran independientes, pero maniobraban conjuntamente, avanzando por carreteras paralelas y precedidos por una exploración de Caballería. Cuando encontraban al enemigo, unos se ocupaban de frenar su avance mientras los demás intentaban envolverlo. Si era necesario, intervenían las reservas, la famosa Guardia Imperial que terminó por tener los efectivos de un Cuerpo de Ejército con los soldados más distinguidos por acción de guerra de las unidades, que lanzaba el ataque final que rompería las líneas enemigas. Por último, la Reserva de Caballería se encargaba de explotar el éxito, impidiendo que el enemigo se reagrupara y haciendo miles de prisioneros.

El punto débil de los ejércitos napoleónicos fue el escaso interés puesto en la logística, pues se primaba «vivir sobre el terreno» por medio de requisas, lo que tuvo nefastas consecuencias en España y Rusia, al sublevar a la población campesina en contra del invasor, y el aún menor por la sanidad e higiene, con la consecuencia de que murieron muchos más soldados por hambre o enfermedad que por acción del enemigo.

Al final las estrategias, tácticas y organización del ejército francés fueron copiadas por sus enemigos, y en cuanto a la motivación, también mejoró mucho sobre la escasa de los precedentes soldados profesionales con las llamadas al sentimiento nacional, a la defensa de la patria en el sentido más amplio y de la religión. El resto lo puso el propio Napoleón por la insensibilidad con que malgastó el fabuloso capital humano que tenía en su ejército, con un gusto cada vez mayor por las batallas frontales y sangrientas en vez de las audaces maniobras de sus primeros tiempos, aunque esta tendencia tuviera mucho que ver con su rápido deterioro físico.

En cuanto a la Marina, las cosas cambian por completo, pues siempre fue inferior en todos los aspectos a la británica, pese al apoyo de aliados como España u Holanda, lo que significó el mayor trastorno estratégico para los grandes planes de Napoleón, especialmente tras la derrota de Trafalgar en 1805. Sin embargo y después de esta batalla y aunque Napoleón no intentó enfrentarse frontalmente a la escuadra inglesa, siguió con un activo plan de construcciones navales para obligar a su enemigo a dedicar cuantiosos recursos a su flota en detrimento de otras atenciones, estableció el bloqueo continental y fortificó sus costas para arruinar el comercio británico y dificultar en lo posible el bloqueo naval británico, y lanzó a los mares centenares de buques corsarios a atacar no las flotas sino la navegación mercante enemiga. Pero y aunque consiguieron miles de presas, aquella táctica no bastó para asegurarle el tan ansiado triunfo por mar.

3.2. POLÍTICA EXTERIOR FRANCESA DURANTE EL CONSULADO

Ya a fines de 1799 Napoleón se dirigió a Jorge III, rey de Inglaterra y a Francisco II, emperador de Austria, en demanda de una paz satisfactoria para todas las partes, demanda que no obtuvo la respuesta adecuada.

Decidido a eliminar militarmente a Austria, el primer cónsul ideó un grandioso plan: las tropas austríacas habían recuperado durante su ausencia en Egipto y en París buena parte del norte de Italia, arrinconando al ejército francés. Para destruir al enemigo se formó un nuevo ejército que, al mando de Napoleón, llegó a Italia por la vía inesperada de los Alpes, rememorando la gesta de Aníbal como la propaganda francesa no dejó de recordar, y sorprendiendo a su enemigo por la retaguardia, vencéndolo por completo en la duramente disputada batalla de Marengo (junio de 1800), que hizo crecer aún más el mito napoleónico, y que, completada por la victoria de Hohenlinden a fines del mismo año forzó a Austria a firmar la paz de Luneville en febrero de 1801.

Aquella paz significó que Austria reconocía las adquisiciones francesas en el Rin, las nuevas repúblicas italianas Cisalpina (Milanesado) y Ligúrica (Génova), así como a evacuar el reino de Cerdeña, que volvía a Francia. La Cisalpina, de la que poco después fue presidente el propio Napoleón, pasó a convertirse en la República Italiana. Toscana y Módena formarían el nuevo reino de Etruria, que pasaría a los Borbones españoles, aliados de Francia por el tratado de Aranjuez de 1801. Además Francia obtuvo de Nápoles la isla de Elba. Con todo ello Francia adquiría una hegemonía indiscutible sobre la península itálica, mayor aún que la lograda en 1797 por las primeras campañas de Napoleón y que concluyó en la paz de Campoformio.

Quedaba hacer la paz con Gran Bretaña, ahora aislada y sin aliados de importancia y que sometida a una grave crisis política y económica, necesitaba recuperar el comercio continental y resolver su déficit hacendístico. Había sido incapaz de romper la liga de los países neutrales como Rusia (que había abandonado la coalición anti-francesa poco antes del Consulado), Prusia, Suecia y Dinamarca, pese al bombardeo de Copenhague por la escuadra inglesa de Nelson.

Esta situación de relativa debilidad le llevó a firmar la paz de Amiens en marzo de 1802, por la que reconocía las nuevas fronteras francesas, se comprometía a devolver la isla de Malta a los caballeros de San Juan (devolución que retrasó primero y olvidó después) y las islas Jónicas, constituidas como república independiente. De sus conquistas ultramarinas sólo retuvo Ceilán y Trinidad, aunque la situación naval le era muy favorable. Por su parte Francia, devolvía Egipto al Imperio Turco.

Aquellos dos tratados de paz y el evidente éxito que significaron para Francia encumbraron la fama de Napoleón, a quien, como sabemos, se hizo Cónsul vitalicio como recompensa. Sin embargo, la paz fue efímera, debido a la dinámica expansiva del régimen napoleónico.

Aprovechando que las rutas oceánicas volvían a estar abiertas, se enviaron expediciones a Haití y Martinica y se compró a España la Luisiana (luego vendida a los EE.UU.), todo con el evidente fin de recomponer un imperio ultramarino. Pero, además, se provocó directamente a Inglaterra ocupando Hannover (posesión original de los reyes ingleses) y estableciendo altos aranceles en las aduanas francesas para los principales productos ingleses de exportación como el algodón y el azúcar, lo que llevó al rompimiento de la guerra en mayo de 1803.

3.3. LA EXPANSIÓN IMPERIAL

El ya emperador concentró su ejército, la *Grand Armée*, en las playas de Boulogne, en el Canal de la Mancha, y empezó a construir lanchas y buques de desembarco con el objetivo de invadir Gran Bretaña. Pero para ello hacía falta que su flota derrotara a la británica y esto era difícil pese al apoyo de la Armada española. El cuidadoso pero poco realista plan incluía el que la flota combinada franco-española, al mando de los almirantes Villeneuve y Gravina, partiera hacia el Caribe, haciéndose perseguir por la británica de Nelson, para luego, despistarle en aquel escenario y volver antes que los británicos al Canal y escoltar el paso de los transportes de tropas. Pero el jefe supremo, Villeneuve, no estaba a la altura de la situación, y tras un encuentro indeciso con otra escuadra inglesa inferior en Finisterre, se desvió al sur y se dirigió a Cádiz para reponerse de la dura y doble travesía. Con ello dió tiempo a que Nelson volviera de América y así la flota combinada fue derrotada decisivamente el 21 de octubre de 1805 en Trafalgar, con lo que la invasión de Inglaterra se hizo ya imposible.

A todo esto se había formado en Europa una Tercera Coalición entre los británicos, Rusia y el Imperio Austríaco, todos molestos con el expansionismo francés. Austria se dolía de la hegemonía francesa en Italia, donde Napoleón se había hecho coronar como rey y se había anexionado la república Ligúrica. Rusia tenía sus propias aspiraciones en los Balcanes y Alemania, que Napoleón bloqueó. A esta alianza se unieron dos socios menores: los reinos de Nápoles y de Suecia.

Sin dar tiempo a que sus enemigos se organizaran, Napoleón abandonó con su ejército el campamento de Boulogne y se dirigió contra Austria. Engañó por completo al enemigo con falsas demostraciones de que el ataque se produciría por la Selva Negra, mientras que se realizó mucho más al norte, girando después hacia el sur y envolviendo el flanco y la retaguardia de los austríacos, que completamente sorprendidos y confusos, se rindieron tras ser rodeados y derrotados en Ulm, octubre de 1805.

Las tropas rusas, con el propio zar Alejandro I a la cabeza, se unieron al emperador Fernando y a los restos de su ejército, sólo para ser completamente vencidos en Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805.

Por el tratado de Pressburgo, Austria cedió Venecia y Dalmacia al reino de Italia, el Tirol y otras provincias a Baviera y otros territorios a Baden y Wurtemberg, pequeños aliados alemanes de Francia.

Dispuesto a reordenar Alemania a su gusto, Napoleón creó en julio de 1806 la Confederación del Rin, con todos los pequeños estados alemanes, con una Dieta y un príncipe primado al frente, que debía seguir la política francesa y proporcionar contingentes de tropas. Esto supuso, poco después, que Francisco II de Austria renunciara al mes siguiente a su corona imperial, con lo que se dió fin al Sacro Imperio Romano Germánico.

Los Borbones de Nápoles fueron despojados de su reino, refugiándose en buques ingleses que les condujeron a Sicilia, donde el predominio naval británico les puso a salvo, y la corona del reino fue entregada a José Bonaparte, hermano de Napoleón.

Pero entonces entró en liza Prusia, a la que Napoleón había intentado alejar de la guerra con el tratado de Schonbrunn. Así se formó la Cuarta Coalición, con este reino, Rusia y Sajonia. Pero la doble victoria de Napoleón sobre los prusianos y sajones en Jena y Auerstadt seguida de la rápida ocupación de toda Prusia y Sajonia eliminó pronto a dichas potencias de la lucha.

Quedaba solamente Rusia, que también se vio forzada a la paz, firmada por Napoleón y Alejandro en Tilsit en 7 de julio de 1807, tras la batalla indecisa de Eylau y la grave derrota rusa en Friedland. El acuerdo suponía de hecho un reparto de zonas de influencia en Europa entre ambos imperios y su cooperación contra la prepotencia comercial británica.

De hecho, Napoleón había decretado en Berlín el año anterior el «bloqueo continental» contra Inglaterra, basándose en que no reconocía los principios del derecho internacional y de que abusaba de su bloqueo naval no sólo contra Francia y sus satélites, sino incluso en detrimento de los neutrales. Por ello, se establecían aduanas en las costas y se ordenaba el fin de todo tráfico mercantil con Gran Bretaña. El fin claramente era doble: de un lado hundir la economía inglesa, y de otro, potenciar las exportaciones francesas a toda Europa. Con la hegemonía francesa en el continente, todos sus puertos quedaron cerrados a los productos ingleses, con lo que se esperaba que tuviera que pedir igualmente la paz.

Por lo demás en Tilsit se creó el nuevo reino de Westfalia, entregado al menor de los Bonaparte, Jerónimo, y apareció el Gran Ducado de Varsovia, dando así una respuesta parcial a las ansias nacionalistas polacas.

Uno de los pocos estados europeos que se oponía al bloqueo era Portugal, tradicional aliado de Inglaterra. Un ejército franco-español lo invadió y conquistó con escasa resistencia, mientras la familia real portuguesa huía al Brasil. Por el tratado de Fontainebleau de 1807, el reino sería repartido entre España y Francia.

Justamente entonces Napoleón decidió deshacerse de los Borbones españoles a los que había utilizado desde 1796. Aprovechando las disputas entre Carlos IV y su hijo Fernando VII, los atrajo a Bayona para resolver su conflicto, tras de lo cual «aceptó» las abdicaciones de padre e hijo y traspasó la corona a su hermano José, que dejó Nápoles, cuya corona pasó al mariscal Murat, casado con su hermana Carolina.

Como España se hallaba ya parcialmente ocupada por las aliadas tropas francesas y el gobierno no opuso resistencia alguna al cambio de dinastía, Napoleón creyó que el asunto estaba solucionado. Pero el pueblo español se opuso a aquella brutal injerencia, estallando la revuelta el 2 de mayo de 1808 en Madrid. La rebelión se extendió por toda la Península, y en julio, todo el cuerpo de ejército del general Dupont fue derrotado y capturado en Bailén, mientras que un ejército expedicionario británico desembarcaba en Portugal y obligaba a la evacuación francesa de aquel reino tras la victoria de Vimiero y el convenio de Cintra.

Un preocupado Napoleón, tras entrevistarse con el zar en Erfurt, en septiembre de 1808 y prometerle favorecer su expansión en Finlandia y los territorios rumanos, asegurando así su retaguardia, se vio forzado a acudir a España con el grueso de su ejército. La campaña fue exitosa, destrozando a los ejércitos españoles y haciendo reembarcar al británico en La Coruña tras una retirada desastrosa, pero otras atenciones reclamaron al emperador a Francia y la situación quedó estancada con una España resistente y un nuevo ejército británico en Portugal.

El serio tropiezo de Napoleón en España animó a Austria a buscar la revancha, incitando a todos los alemanes a una sublevación nacional contra el opresor. El llamamiento sólo prosperó en el Tirol, y el ejército austríaco, tras detener temporalmente al de Napoleón en el Danubio en la batalla de Aspern-Essling en mayo de 1809, fue derrotado casi en el mismo lugar, en Wagram en julio de aquel año.

El tratado de Schonbrunn de octubre de 1809 imponía a Austria la pérdida de su salida al mar, con Carintia, Carniola y Croacia, que unidas a la ya francesa Dalmacia, formaron las Provincias Ilíricas, dentro del Imperio francés. Salzburgo pasó a Baviera y Galitzia al Gran Ducado de Varsovia. Pero Napoleón no quiso ir más allá en la humillación, porque deseaba la boda con una princesa austríaca, María Luisa de Habsburgo, con el fin de establecer una alianza con el decadente imperio, consolidar su propia posición personal como monarca, y buscar una descendencia que la ya mayor Josefina no podía darle.

Una atroz lucha seguía en España, pero para entonces alcanzó el Imperio napoleónico su mayor extensión. Francia ya se había anexionado Bélgica y Holanda, varios pequeños estados renanos y los puertos hanseáticos, el Valais suizo, el antiguo reino de Cerdeña y Liguria, Parma, Toscana, Plasencia y los Estados Pontificios, así como las ya mencionadas Provincias Ilíricas, y no tardaría en hacerlo, al menos sobre el papel mientras durase la resistencia española, con Cataluña.

Alemania estaba sumisa bajo la Confederación del Rhin, Suiza bajo la Helvética, también impuesta por Francia, el Gran Ducado de Varsovia y los reinos de Italia y Nápoles. Austria, Rusia, y el reino de Dinamarca y Noruega figuraban como aliados, mientras que en Suecia, al extinguirse la dinastía, nada menos que un mariscal del Imperio, Bernadotte, casado con una antigua novia de Napoleón, era ahora el nuevo rey.

3.4. EL DECLIVE IMPERIAL Y LA DERROTA

Sin embargo no tardaron en aparecer las primeras fisuras. La guerra en España seguía, y aunque las victorias francesas habían obligado al gobierno rebelde a refugiarse en Cádiz, la resistencia continuaba especialmente por la lucha de las guerrillas y, por otro lado, había fracasado una nueva invasión francesa de Portugal, eficazmente defendido por el ejército angloportugués de Wellesley, futuro duque de Wellington.

En el otro extremo de Europa los acuerdos de Tilsit se estaban degradando, pues la crisis económica rusa impuso al zar el abandono del bloqueo continental ya en 1810. Por otra parte, Rusia estaba descontenta por la anexión francesa del ducado de Oldenburgo, perteneciente a un cuñado del zar, por las ansias polacas de mayor independencia y amplitud del Gran Ducado y por la falta de apoyo francés frente a Turquía.

La situación se degradó tanto que Napoleón decidió pasar a la guerra, invadiendo Rusia en la primavera de 1812 a la cabeza de un enorme ejército de más de 650.000 hombres, entre los que figuraban no sólo franceses y miembros de los estados satélites, sino incluso de los ahora aliados austríacos y prusianos.

Ante tal avalancha, el mando ruso, incitado por el general Kutusov recomendó ceder terreno y practicar una política de «tierra quemada», no dejando recursos para los invasores. Las columnas francesas invadieron Rusia casi sin resistencia, pero pronto se vieron agobiadas por las enormes distancias, la falta de provisiones, la hostilidad de la población y la aparición de epidemias de tifus y disentería.

Tras una primera pero limitada victoria francesa en Smolensko, los dos ejércitos se enfrentaron en Borodino, septiembre de 1812, una durísima batalla con pérdidas enormes para los dos contendientes. Sin embargo, los rusos se retiraron, y Napoleón pudo entrar en Moscú, que los rusos habían evacuado y que posteriormente incendiaron para que no pudiera servir de lugar de descanso a los franceses.

Con la llegada del invierno, y fracasadas sus propuestas de paz, Napoleón debió ordenar la retirada, que se convirtió en una pesadilla por el intenso frío ruso, la falta de abastecimientos y los ataques constantes de guerrilleros, cosacos y del propio ejército del zar. El paso del helado Beresina fue el último desastre francés, y poco más de treinta mil hombres fue todo lo que pudo salvarse del enorme ejército de pocos meses antes.

En París la catástrofe sembró el estupor, e incluso hubo un intento de golpe de estado del general Malet, pero Napoleón, que se había separado de los restos de su ejército, volvió a tiempo para restablecer la situación.

Haciendo nuevas reclutas masivas, sacando las mejores tropas de España y utilizando las tropas de la Marina, el emperador reconstruyó en pocos meses su ejército, pero éste no era ya sino una sombra del anterior, con reclutas instruidos a medias y muy poco motivados (la oposición al servicio militar y la desertión cundieron por toda Francia), faltos además de la magnífica caballería perdida en Rusia.

En España la situación se había complicado por la extracción de muchas de las mejores unidades del ejército de ocupación para la campaña de Rusia y su sustitución por unidades bisoñas. Ello y el desgaste de la lucha unidos al genio de Wellington explican el triunfo de los Arapiles en julio de 1812, la recuperación momentánea de Madrid y la evacuación francesa de Andalucía. La nueva victoria aliada de Vitoria en el mismo mes de 1813 puso a los aliados hispano-anglo-portugueses en la frontera de los Pirineos mientras José I perdía su corona y Napoleón ofrecía la paz a cambio de la vuelta de Fernando VII (tratado de Valencay), aunque la guerra persistió un año más con la invasión del sur de Francia.

Pero aquel era ya un escenario secundario de lucha, pues los rusos en su avance habían llegado a Alemania, y por el tratado de Kalisch de febrero de 1813, Prusia se unió a Rusia contra Napoleón. Se incitó al levantamiento popular y se crearon «freikorps» o cuerpos de voluntarios a imitación de los guerrilleros españoles, mientras se creaba la Cruz de Hierro como recompensa a los patriotas.

Todavía obtuvo Napoleón dos victorias sobre los aliados en Lutzen y Bautzen en la primavera de 1813, pero la balanza se inclinó cuando entraron en guerra contra él la Suecia de Bernadotte y el Imperio Austríaco, y pese al nuevo éxito francés en Dresde en agosto de aquel año, la batalla decisiva de Leipzig le fue adversa en octubre, debido sobre todo al cambio de bando de la mayoría de los estados alemanes antes satélites. La Confederación del Rin quedó disuelta y los aliados invadieron Francia.

La resistencia de Napoleón fue sorprendente y aún se anotó algún éxito, pero el cansancio de la guerra era ya abrumador en Francia, la situación militar imposible con Francia invadida por el norte y sur, y aumentaron las defecciones y desertiones. El 31 de marzo de 1814 los aliados entraron en un París que apenas se defendió, y abandonado por todos, Napoleón decidió abdicar el 6 de abril, cuando de hecho ya había sido depuesto por un gobierno provisional presidido por el mismo Talleyrand, que había sido uno de sus principales ministros.

Napoleón obtuvo un destierro honroso a la isla de Elba, frente a Toscana en Italia, donde gobernaría con una guardia personal de ochocientos hombres, siendo su trono ocupado por Luis XVIII, hermano del Borbón francés ejecutado en la guillotina. Por la paz de París de junio de aquel año, Francia perdió todas sus conquistas y retornó a la situación de 1792, mientras las potencias vencedoras se reunían en el Congreso de Viena para decidir cómo recomponer Europa.

Pero Napoleón se aprovechó de las discrepancias entre los aliados y del descontento con que Francia recibió al rey para realizar su última intentona: en marzo de 1815 se escapó de Elba con su guardia, desembarcó en Francia, y sin disparar un solo tiro y entre generales aclamaciones entró en el mismo París que acababa de abandonar Luis XVIII, haciendo promesas democráticas que no pudo llegar a cumplir en aquel su segundo y efímero mandato conocido como «Los Cien Días».

Inmediatamente reorganizó su ejército y lo lanzó sobre Bélgica, donde estaban acantonados el de Wellington, con ingleses, hannoverianos, belgas y holandeses, y el prusiano de Blucher, antes de que estuvieran preparados los más lejanos rusos y austríacos. Napoleón derrotó a los prusianos en Ligny, pero fue a su vez derrotado por completo en Waterloo por Wellington con el apoyo de los reconstituidos prusianos en junio de aquel año.

De nuevo Napoleón tuvo que abdicar, confinándosele ahora en la africana e inhóspita isla de Santa Elena, con vigilantes ingleses, donde moriría en mayo de 1821. En cuanto a Francia, tuvo que aceptar una segunda y más costosa Paz de París, que incluyó la cesión de nuevos territorios, la ocupación por cinco años de los aliados y el pago de una indemnización de 700 millones de francos. Había perdido su imperio, su hegemonía militar y su gobierno era ahora fiscalizado por los embajadores de las potencias vencedoras.

La caída de Napoleón significó, al menos en Europa, pues la lucha por la emancipación seguía en la América española, el fin del ciclo revolucionario y el comienzo de una nueva etapa en su historia: la Restauración.

Bibliografía

La figura de Napoleón y el Imperio han sido objeto de innumerables estudios desde entonces; entre sus biografías destacamos:

- Maurois, A., *Napoleón*. Barcelona, 1984. Aunque literaria, no carece de rigor histórico.
 Stendhal, *Napoleón*, Madrid, 1989. Indispensable por el testimonio de un contemporáneo y el mito bonapartista.
 Tulard, J., *Napoleón: The Myth of the saviour*, Londres, 1985. Gran trabajo para conocer al personaje y su entorno.

Entre las obras de interés general destacamos:

- Comellas, J. L., *De las Revoluciones al liberalismo*, Pamplona, 1982. Síntesis clara perteneciente al tomo X de la *Historia Universal*.
 Lefevre, G., *Napoleón*, Tomo XIV de *Peuples et Civilisations*, París, PUF, 1953.
 Pirenne, J., *La Revolución Francesa y Napoleón*, Barcelona, 1987. Obra clásica perteneciente al vol. VII de su *Historia Universal*.

Monografías de interés para el estudio de la época:

- Bertaud, J. P., *Le Consulat et L'Empire, 1790-1815*. París, 1989. Libro de clara exposición y muy útil.
 Pabón, J., *Las ideas y el sistema napoleónico*, Madrid, 1944. Pese a su fecha de publicación, sigue siendo fundamental.

Rudé, G., *La Europa revolucionaria, 1783-1815*, Madrid, 1974.

Soboul, A., *Le premier Empire (1804-1815)*, París, PUF, 1973. Uno de los estudios más completos.

Woolf, S., *La Europa napoleónica*, Barcelona, 1992. Libro de conjunto donde el autor nos ofrece una imagen renovada de Francia y de Europa.

Sobre las relaciones con la Iglesia católica:

García Villoslada, R. y Laboa, F., *Historia de la Iglesia católica*, tomo IV *Edad Moderna La época del absolutismo monárquico (1648-1814)*, Madrid, BAC, 1991.

Jedín, H., *Manual de Historia de la Iglesia*, tomo VII: *La Iglesia entre la Revolución y la Restauración*, Barcelona, Herder, 1978.

Paredes, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios*. Barcelona, Ariel, 1998. Obra básica de referencia.

Redondo, G., *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, tomo I: *De Pío VI a Pío IX (1775-1878)*. Pamplona, Eunsa, 1979. Síntesis muy clara.